

# Diablotexto *Digital*

CARLOS ALCORTA, *FOTOSÍNTESIS*  
Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020.

RAFAEL MORALES BARBA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Hace poco tiempo, inmediato en los dígitos, a propósito de *Aflicción y equilibrio* (2020) coincidió la crítica en situar la línea clara de Carlos Alcorta bajo el paraguas, como no podría ser menos en parte de esa promoción septentrional, del diálogo consigo y autognosis lírica pensativa, más o menos empozada en el yo y sus perímetros, fórmulas, propuestas o disoluciones. Un diálogo o monólogo tormentoso, en su caso, en el que se va quedando solo en la pulsión que ahora renueva, con brío, en este libro. Alberto Santamaría se ha pasado al ensayo sobre la baja cultura del *low cost* y la eclosión del 15-M desde una mirada irónica ante el capitalismo tardío y la denuncia. La mirada existencial prima en los cántabros, sobre todo si piensan en el otro poeta de referencia por aquellas tierras del hoy, Lorenzo Oliván. Un artista con pedestal bien plantado ante el espíritu pensativo y entre dos mundos del Wallace Stevens, decir y no decir, dejar pasar y entrever, en su anfibológica delicuescencia que tanto gustaba a Harold Bloom. Tanto como Carlos Piera leía a Brodsky y sus marcas de agua, junto a los ininteligibles poemas del ruso por lo general –salvo el espléndido diario, más bien cuaderno de un viaje, al menos en las primeras emociones de su llegada a un humilde hotel en Venecia. Me refiero,



obviamente, al espléndido *Watermark*-. El vitalismo atormentado de Alcorta va por otro sitio, no más alegre que los citados y con su yo en el estigma, poco filosófico, autorremitente y dolorido. Siempre sin lacrimosidad, sin escrutar(se) con el destornillador tonal hacia al fondo del agujero como propuesta sin pacto de fondo, sino con una mirada coyuntural y concreta, menos herida que la de Olvido García Valdés o Esther Ramón. Carlos Alcorta mira hacia dentro también y se recrimina, se repiensa desde sí, pero fuera están las correspondencias del dolor extremo no como reclamo agonista y escaparate sino desde el espejo del vitalismo. Asunto que matizaremos tal y como hemos dicho, por el punto de vista social y no narcisista del dolor en el tono, y sí en el grito en la contigüidad con el resquebrajamiento íntimo. Lo hace sin desaliento en el grito munchiano que prefiere el aullido de la vida. Lo emprende con vigorosidad, sin desaliento vital, ni omphalismo, pues el vitalismo se impone, según hemos adelantado como marca de autor. Y, además, eso es fundamental, no hay una construcción del imaginario del dolor a toda costa como estética y reclamo, sino como un reflejo de que al poeta cántabro le resulta muy difícil escapar de sus obsesiones, rememoraciones cuando le asaltan y reprenden.

En cualquier caso, su claridad y atención no se lexicaliza en el daño por el daño de haber nacido, sino en un atormentado que se inventa y reinventa en su obsesión sin salida, y en busca desde el yo sin pacto en la precariedad real de su desasosiego. Así lo demuestran sus aciertos en la construcción de las imágenes propias y en la diversidad de lo narrado como fuente del canto, según mostraremos adelante, a partir de imágenes inéditas. El lector tiene además un largo currículum premiado para comprobar una trayectoria, si le apetece, y su construcción. O la creación de ese pequeño *oikós*, sin pretensiones, inmediato, sin trampa en la verosimilitud confesional, pese a los ocasionales socavones del querer decir/decirse. Algo así le ha pasado a Elena Medel en *Chatterton*, menos volcánica en el proyecto lírico medido del Loewe, frente al espléndido talento irruptor de *Mi primer bikini* (2002), hace casi dos décadas. En cualquier caso, lo definitorio de Carlos Alcorta, de larga trayectoria y apetecible lectura, es no haber escapado de esa atmósfera de la herida, y de su lucha interior en ese tránsito acumulando años y añadas (*Sutura* de 2007 o,



si recuerdan los atentos lectores, *Ahora es la noche* de 2015). No es una cuestión pasajera, para el lector atento. Ahora llegan estos dos poemarios del 2020, donde sin aferrarse a la tristeza pensativa y al *pathos* del dolor, ni mucho menos lexicalizarse en él, se imanta y hace atractivo al lector no superficial, atento a una inteligencia fresca y conmocionada. No he percibido otro mundo que le aferre tanto a esa pulsión en mis años de lecturas del cántabro. En cualquier caso, Alcorta siempre ha sido fiel a sí mismo en su impulso lírico, y también en su fórmula. En él prima desde siempre el verso libre, sin saltar hacia otras aventuras estéticas. Piensen, ya que estamos hablando de poetas cántabros, en el Gerardo Diego de las vanguardias. O en cómo Larrea no quiso ni pudo cambiar frente a un poeta con vocación de tal, del ser fiel a sí mismo (en el fondo ya había hecho todo con Diego y no podía, ni sabía más fuera del ultraísmo ni le interesaba. Y su desdén con el homenaje a Góngora, mandando un poema sobre Virgilio... sobre Virgilio Gómez... y a regañadientes, lo que no deja de ser explícito y significativo).

No han caminado solos sin duda en esa aventura sus poemas ni su promoción en aquellas tierras, que se incorporaron tarde a cuanto venía, salvo algún caso citado. Ahora no toca demorarse en ello, pues es una cuestión larga, y cosa de la tierra, me temo, eso del látigo lírico y el autoflagelamiento. Bromas aparte, mientras escribo estas líneas sobre las bondades y fortaleza confesional de Carlos Alcorta, el querer decirse y saber decir, me llegan los poemas de otro hijo del mar Cantábrico y su montaña inmediata. Me refiero a Carlos Aurtenetxe (un melancólico existencial casi profesional, con muchas cosas dentro (pero de otra época) y las de un bilbáino, con acento en la á, y casi contemporáneo de Alcorta, José Fernández de la Sota, y su *Enciclopedia del fracaso* (2020). Por ahí viene la sal de algún paseo frente a la Concha, mientras reflexionan ambos vates sobre *Las cartas a Lucilio* con algo de Marco Aurelio, sin nombrarlos. Me los imagino con su sotana imaginaria, acompañados de un revivido Aita Barandiaran, en su dignidad austera frente a la bahía. No sé si algún otro paseante solitario de la zona, tal vez Karmelo Iribarren, vestido de negro, se tomaría el tinto con ellos en el hotel Ezeiza al final del paseo. El asunto de Carlos Alcorta parece bien distinto. No hay distancia, no hay narcisismo del dolor, elucubración plástica ni vejez, sino



explosión, combustión, remordimiento e inmediatez desde un canto íntimo, leído, pero atento a sí mismo como primera fuerza.

En efecto, el diálogo de Carlos Alcorta remite a sí, pero fuera de existencialismos, trascendentalismos o defunciones del yo en favor del universo, trascendente o no, en ese diálogo con su autopercepción, recriminación y meteorologías emocionales. Una trayectoria en todos esos sentidos bien perceptible en sus libros principales, que les recuerdo en lo más destacado: *Lusitania* (1988), *Corriente Subterránea* (2003), *Sutura* (2007), *Sol de resurrección* (2009) recogidos en buena parte en *Ejes cardinales. Poemas escogidos 1997-2012* (2014). El citado *Aflicción y equilibrio* (2020) y este *Fotosíntesis* (2020), que las Prensas de la Universidad de Zaragoza, atentas a cuanto ocurre, acaban de publicar, vuelven a dar cuenta de un mundo que se renueva a veces con poetas confesionales, ahora que está volviendo el yo frente al fragmento o el personaje. De un yo y su tormenta interior, autorrecriminación, deseo y poema. De un yo donde se hace lo clásico moderno y a la inversa (Eliott) con su vuelta después de su evaporización (Baudelaire) y recuerda Godard en *Banda Aparte*. Lo dice claramente, y eso es el fondo del libro donde debemos recalar y atender, entender, hablar de la mala suerte que se “convierte en costumbre” y le hace víctima junto al “temporero/que recolecta aceitunas/ por una miseria”, pero que está en la cola “el día de cobro del subsidio”. O se “calcifica en (los) pensamientos” de un “imprudente nadador” por culpa de algún error en el deseo que a veces se hace dueño y señor, y otras se recrimina. Esa es la fotosíntesis y su corazón rojo y verde a la búsqueda de “El día reluciente y sin apremio” donde “tiene el amor parte en el milagro”. Si no lo habíamos dicho antes, ahora lo hacemos. A Carlos Alcorta hay que saberlo leer.